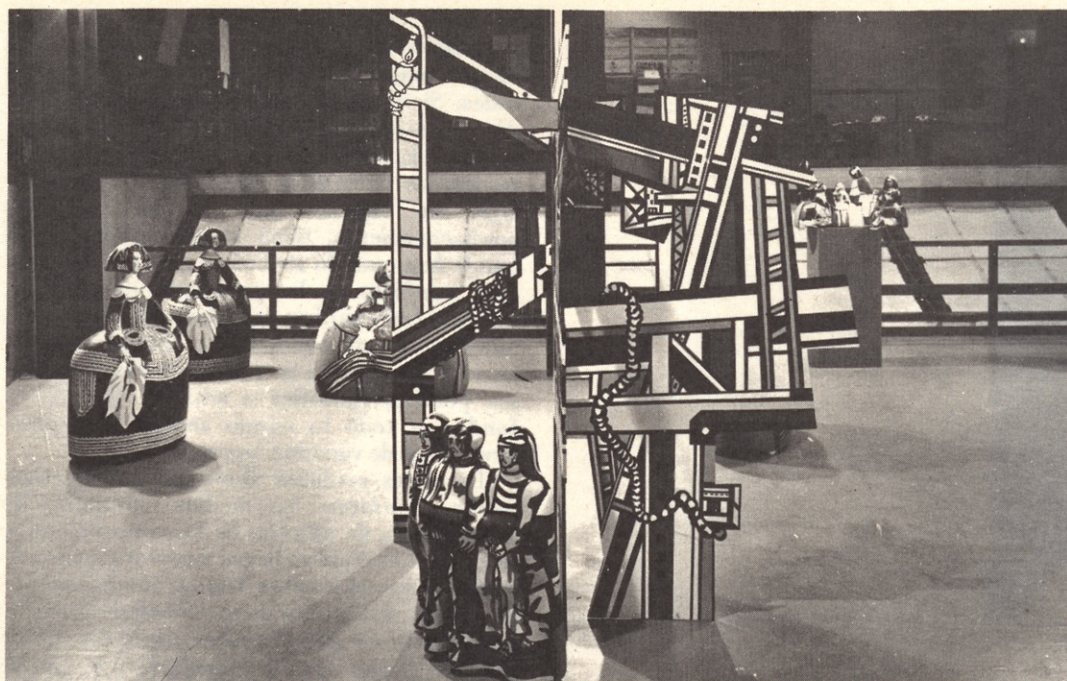




Exposición del Equipo "Crónica" en el Colegio de Arquitectos de Barcelona.

inversiones rentables de los que detentan el dinero y especulan con él en todos los campos, hasta en los sagrados del arte.

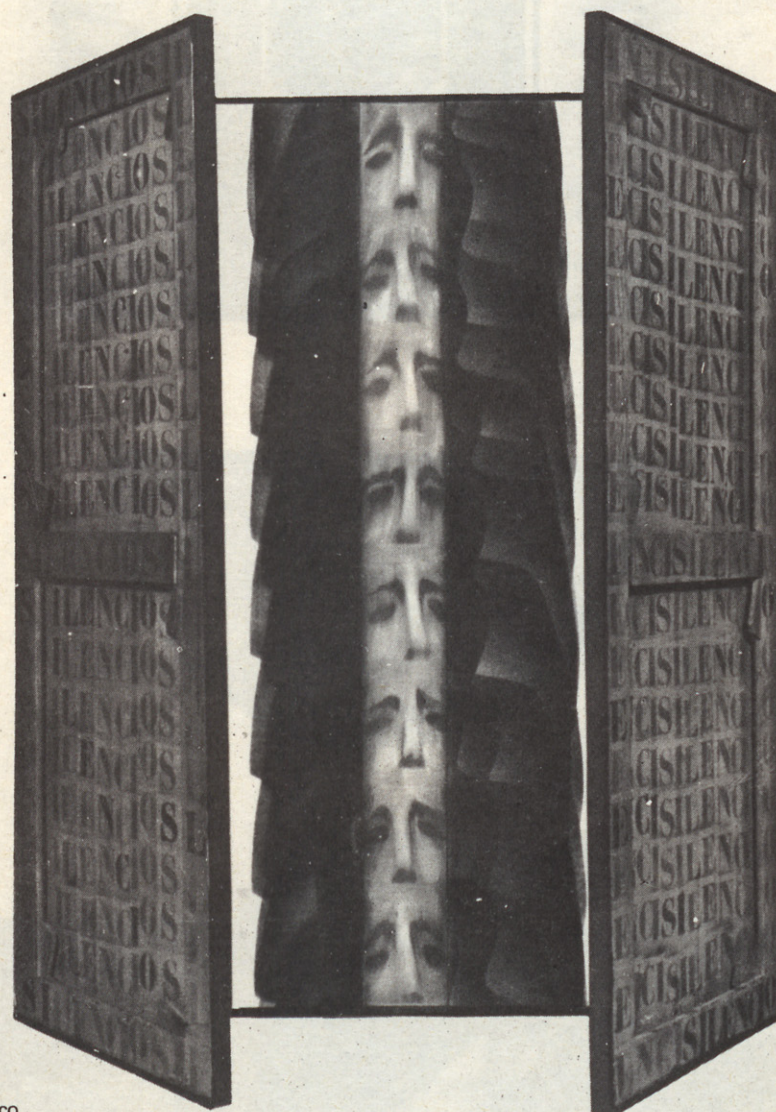
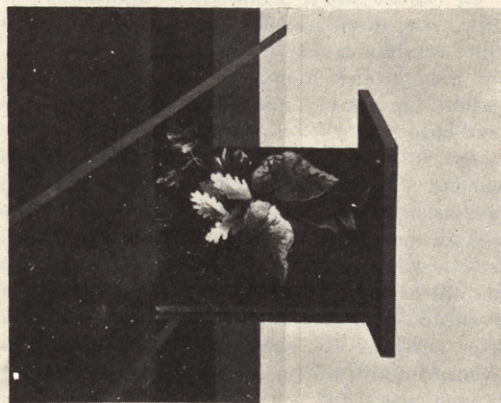
La actitud fogosamente independiente de "Crónica" no ha sido fácil, ni cómoda. Cuando empezaron pagaron la novatada de su entusiasmo y de su ingenuidad. Y lo pagaron a un precio demasiado elevado: un proceso, por el hecho de haber pintado una efigie de Ho Chi Minh, que sólo había sido hecha como personaje importante y conocido de esta época, de esta "crónica".

Penetrar en una exposición de "Crónica" es entrar en otro mundo. Mejor dicho, es entrar en éste y en el otro mundo en el hoy, en el mañana y en el posible futuro. Es un discurrir por todos los sedimentos que la cultura de los siglos ha ido depositando, y por todos sus detritus, también. Es revisar, de un golpe de vista, multitud de situaciones existenciales por las que la humanidad pasa y ha pasado. Una intencionada "crónica" que muchas veces escuece, refresca y se acusa en el paladar. Exactamente igual que el zumo de un limón valenciano; pero que también cura heridas.

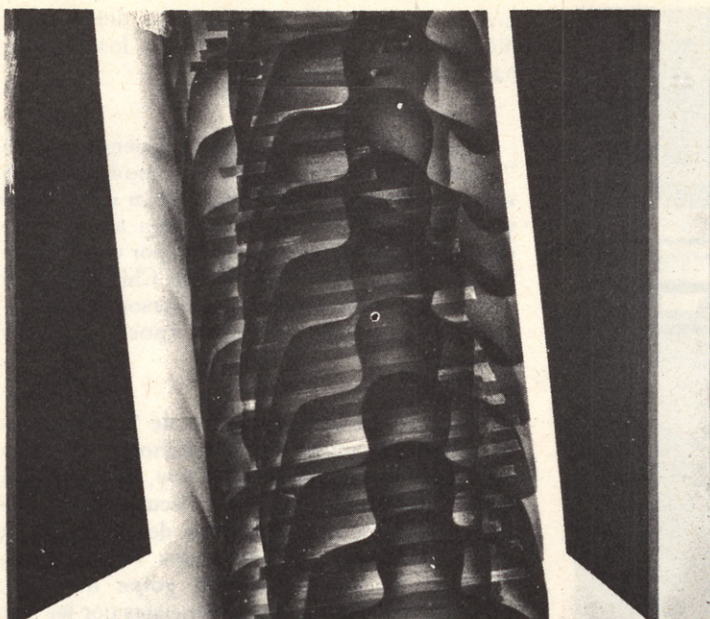
AGUSTIN DE CELIS Y SUS SECUENCIAS DE LA HUMANIDAD AMENAZADA

Para el pintor santanderino Agustín de Celis la amenaza cierta y de muy diversas procedencias que se cierne y planea sobre la humanidad de hoy, se manifiesta en su obra de una manera sutil e incisiva. Celis también está por la frontera de los 30 años, o sea que pertenece a la generación tremendamente crítica que hoy en día constituye una de las canteras más caudalosas del arte español actual. Generación que tiene de común una revisión de todos los valores que se nos han dado como inamovibles, pero que el acontecer de la vida personal nos ha demostrado que no eran ni tan inamovibles, ni tan valores, como nos habían insistido en hacer creer.

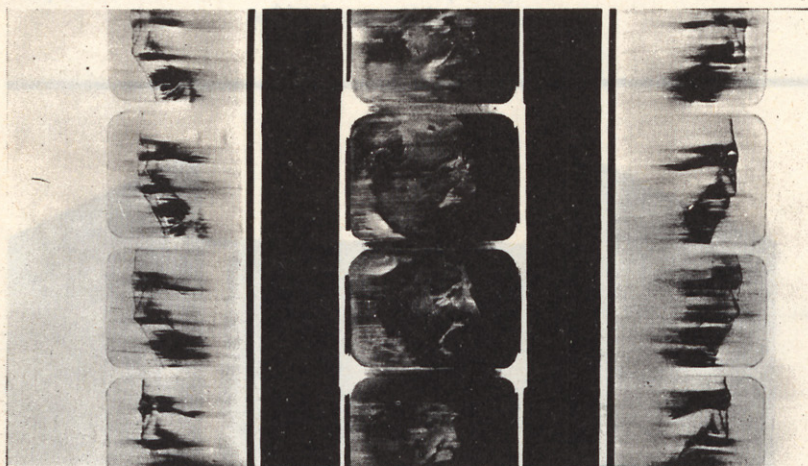
Los lavados de cerebro no constituyen ninguna novedad. Toda la historia del hombre



Celis, tríptico



El gran rito



El grito



El miedo

es una continua repetición de fórmulas preestablecidas que al ser le graban mucho antes de que tenga conciencia de nada de lo que le rodea. Si su conciencia crítica despierta algún día, cosa que no siempre ni necesariamente sucede, es cuando se produce el conflicto, el trauma de comprobar que todo, o mucho, o algo, de aquello que le han inculcado machaconamente, tiene menor entidad de la que le han querido atribuir, o no tiene ninguna. Este conflicto se ha producido en todas las épocas y este conflicto es la clave del desasosiego humano. Y este conflicto es, también, una de las vías que llevan a la creación intelectual, bien sea poética, filosófica o artística. Que en el fondo, es todo lo mismo aunque se exprese sirviéndose de variados soportes.

Los seres maduran ahora antes intelectualmente. Conforme los medios culturales, de información, de difusión de los conocimientos, se hacen más rápidos, llegan a mayor número de destinatarios, el hombre está en condiciones de percatarse más pronto de su verdadera situación ante el mundo que le rodea, que le toca vivir. Muchas veces no le satisface, no puede satisfacerle, porque aquello a lo que mira, aquello a lo que toca, aquello que olfatea, está podrido. Y no dice solamente como Hamlet "Algo podrido huele en Dinamarca", sino "algo muy podrido está oliendo en todo el mundo".

Y precisamente para que no se propagasen las pestilencias se inventaron los envases. Envases que adoptan multitud de formas y que pueden ser ficheros en donde se archivar guerras, conflictos, represiones, invasiones, discriminaciones, explotaciones. Celis ha llevado a la pintura estos ficheros como metálicos ataúdes, en los que un misterioso cajón se abre, apareciendo no un documento, no una carpeta, sino una extraña planta de hojas reseca: son hojas metálicas de coronas de muertos, con colores ceniza, con agresiva permanencia.

Agustín de Celis entona en coloraciones sordas, grisallas levemente teñidas de verdes, como los colores del cine mudo, cuando el cine aún no tenía detonante color. Y la alusión al cine no es fortuita, ya que Celis utiliza en sus cuadros una superposición, una serieación de imágenes derivada de las secuencias fotográficas o cinematográficas. El rostro que grita y gesticula, el cuerpo que huye o se desplaza, puede ser seguido en todas las fases de su descompuesto gesto, de su veloz carrera. Es un intento de producir efectos cinéticos no recurriendo a cambios de la luz con procedimientos mecánicos, sino exclusivamente pictóricos.

El cuadro-objeto también es abordado por Celis, con intencionadas puertas que se abren sobre retablos laicos de situaciones conflictivas. Los muy jóvenes piensan que cualquier tiempo pasado fue peor y que ellos serán capaces de cambiarlo todo y hacerlo todo mucho mejor. Luego, la vida se encarga de demostrar que la realidad y el deseo son dos caminos que no necesariamente coinciden. Los muy viejos piensan que cualquier tiempo pasado fue mejor. Es cuestión de edades, de enfoques y, en definitiva, de tono vital. Pero es bueno que la juventud sea rebelde, crítica; tal vez no haya peor síntoma de salud ciudadana que una juventud conformista. Agustín de Celis disfruta de excelente salud.